

La Voz de Valdepeñas

SEMANARIO CATÓLICO

DIRECTOR, DON EUSEBIO VASCO

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Año IV.

Núm. suelto 5 cénts.
25 núms. 75 cénts.

Valdepeñas 12 de Agosto de 1893

Trimestre 1 peseta
Un año 4 pesetas

Núm. 190.

¡ESOS TEATROS!

No voy al teatro, gracias á Dios; pero soy constante lector de carteles, anuncios y revistas dramáticas, y estoy enterado de todo como el que más. Le sigo el curso á esa enfermedad reinante, como se la siguen á un enfermo de cuidado un médico ó un amigo observador. Ciertas cosas, además, las ve menos, mucho menos el que anda revuelto entre ellas que el testigo imparcial que las estudia desde alguna distancia. No se me empuja, pues, á declarar incompetente para hablar de teatros porque no se me ve en ellos. En el mismo teatro mejor juzga de la función el que la mira desde la platea ó galería, que él mismo que sale á representar en la propia escena. Espectador soy, pues, como cualquier otro, de ese espectáculo tristísimo que nos están dando las costumbres presentes, y voy como tal á dar mi libre, franca y desinteresada opinión.

Digo, pues, y sostengo que cristianamente hablando (que es como me parece hemos de hablar siempre los cristianos) á los teatros de hoy no se puede ordinariamente concurrir.

Allí muchas veces abiertamente se panegiriza al vicio. Desafío á todos los padres honrados que llevan sus esposas ó hijas á oír tal apología, á que me permitan decirles en prosa común y casera lo que en sonoro verso ó en fascinadora música les dicen allí la dama ó el galán. De seguro no me conceden tal libertad, y harán perfectamente. Y si me la tomo sin pedirles permiso, de seguro me echan ignominiosamente de su tertulia ú hogar, y lo tendré muy merecido. ¿Cómo, pues, honrados padres, lleváis á la familia á oír de labios de cómicos y cantantes lo que de los míos no la permitiríais escucharse? ¿Es que allí se lo dan en verso? Pues por esto halaga y seduce más. ¿Es que se lo cantan en buena música? Por esto hiere más profundamente el corazón. ¿Es que se presenta adornado con espléndidas decoraciones? Por esto produce más viva ilusión y se graba más en la memoria. Más claro. Lo que es malo fuera del teatro, es cien veces malo, mil veces malo dentro de él; cuanto son cien veces y mil veces más poderosos los recursos que allí ha reunido el demonio de la seducción.

Y aun cuando alguna vez no se haga allí explícita tal apología, hácese indirectamente, por medio del colorido simpático y arrobador con que se idealizan en la escena las humanas

pasiones, ó digámoslo mejor, las humanas ignominias. Es indecible el poder que tienen las artes para embellecer (no con belleza real, sino con positivo afeite) hasta lo más inmundo. El asesino, el bandolero, el ambicioso, la mujer perdida, puede llegar á hacerlos interesantes y simpáticos un poeta dramático que medianamente conozca los recursos de su profesión. ¿No lo veis? ¿No veis, una vez allí, lo que aplaude como un loco, como un ebrio, el pobre pueblo, y lo que apostrofa tal vez con vilipendios y sarcasmos? ¡Fuerza poderosa de la ilusión teatral! Nadie en casa quisiera por madres ni por esposas ni por hermanas á aquellas heroínas del mundo de cartón, y no obstante allí se vuelven locos, se hacen tontos por ellas hasta los más sensatos. Negad la verdad de esta reflexión. Negad de consiguiente el fascinado poderío de la ilusión teatral que tan fácilmente os vuelve ¡oh padres graves! los sesos del revés. Y lo que en vosotros tal efecto produce, ha de ser inofensivo para el candor de vuestras hijas, para el apasionado é in experto corazón de vuestros hijos? Corrosivo les dáis á beber, aunque muy finamente elaborado, pero corrosivo al fin. No tardará en quemarles las entrañas; ó por lo menos en secárselas para todos los nobles y legítimos afectos. Las calenturientas emociones del teatro, como las de la novela, han ajado y marchitado más corazones, que flores ajaría en nuestros jardines el más abrasador viento del África central. Es milagro de Dios como hay alma joven que resista á esa devoradora fiebre de la ilusión que en tan doradas copas se la convida á beber, y á que ella con tanta ansiedad aplica sus labios ardorosos. Calmantes necesita la apasionada edad juvenil, no nerviosos estimulantes; aguas frescas y puras, no licores alcohólicos que encienden más que apagan la sed.

¡Buen educador de jóvenes y doncellas es en este concepto el teatro de hoy! ¡Y no obstante en él se forma y se nutre la generación presente, y así sale ella! Sobre todo las delicadas muchachas, cuando las veo entrar en el teatro, figúraseme, siguiendo la comparación arriba dicha, verlas entrar en una taberna á beber para su regalo un vaso de cognac. Que eso y algo peor es para los corazones (para los femeninos sobre todo) la mayor parte de nuestra actual literatura dramática. Aguardiente literario y nada más.

—Jactarse puede el teatro, me diréis, de que también se dan á veces en él funciones muy sanas y de gran

moralidad. No habrá, pues, siempre el peligro de corrupción que tanto ponderáis, antes bien será entonces el teatro lo que se ha llamado, escuela de las costumbres.—

Así me objeta una porción de mis amables lectores, y tal vez más fácilmente un buen número de amabilísimas lectoras, que esas suelen por desdicha sentir más que nadie la pasión del teatro, sin duda porque son las que más daño pueden recibir de él. Con lo cual y con repetir muy mucho aquello de «la escuela de las costumbres», dicho, refrán ó tontería que en su día tuvo gran autoridad y que hoy ha perdido bastante, tiénese ya lo suficiente para que se den por contestadas todas las razones y aún por reducidos al silencio todos los remordimientos.

¡Ah, sí! ¡con que el teatro es á veces escuela de costumbres! Demasiado lo sabemos. Escuela de costumbres es; sólo falta que sea de costumbres buenas.

Alguna vez, reparadlo bien, alguna vez se truena en el teatro contra el vicio y se canta la hermosura de la virtud. Luego eso no es lo acostumbrado y corriente allí, sino sólo lo extraordinario y excepcional. Luego lo corriente y ordinario en el teatro es que salga en él favorecida toda inmoralidad, y maltrecha y apaleada toda verdadera honradez cristiana. Y si lo corriente y común es eso, lo corriente y común es que el teatro es malo: y síguese de ahí que malo debe siempre llamarse el teatro, porque las cosas y las personas no se juzgan en buena lógica, por lo accidental y excepcional que ofrecen, sino por lo que es en ellas ordinario y común. *A majori fit denominatio*, dicen los filósofos, y muy claro es el latinajo para que me entretenga en daros traducción de él.

Luego no hacéis bien en tener por amigo al teatro, como no haríais bien en tener por amigo á un hombre que usualmente os diese perversos ejemplos y perversa conversacion, por más que alguna vez, por rara casualidad, hiciese una que otra obra buena.

Pero hacéis bien en decir que esto sucede «alguna vez», porque realmente el caso es notable y digno de toda atención, por lo mismo que raras veces se da. ¡Ay de la mujer de quien se pregona mucho, muchísimo una acción honrada! ¡Señal cierta de que se le ven pocas á la tal mujer, cuando tanto se la admira por una cosa que nadie debetener sino por muy llana y natural y propia de todas las mujeres decentes! Hé aquí lo que me ocurre cuando oigo poner en las nubes la mo-

ralidad de una pieza dramática. ¡Qué rara debe de ser la honradez en el teatro, cuando tanto se pondera el que se de una pieza honrada en él!

¡La moralidad de las piezas dramáticas! He leído las mejores que en este concepto se han publicado de algunos años para acá. Alguna hay que es verdadero tratado de moral dialogada, y ofrece elevados conceptos que no desdeñaría un buen predicador. Pero ¿creéis que basta eso para que pueda llamarse moral el teatro, aún los días ó noches en que se da en él tal función?

Nada menos que eso. Aquella hermosa moral se queda con su hermosura en las páginas del librito en que la estudia el actor, pero de eso no pasa ni puede pasar. Está condenada á ser moral estética, ó moral teórica, ó moral platónica, ó como queráis; nunca moral práctica, moral eficaz, que es lo que debe ser para que sea moral verdadera. Quedaráse siempre moral en buenos versos, sin pasar jamás á ser moral en buenas acciones.

¿Por qué?

Muy sencillamente: porque es moral desautorizada, y por tanto sin ninguna influencia sobre el corazón, por más que un momento levante en él fugaz llamarada de nobles sentimientos y obligue á las manos á palmo-tear. Todo el efecto de un rasgo moral predicado en el teatro puede reducirse á ese palmo-teo, que honra, es verdad, el mérito del autor y el buen sentido de los espectadores, pero que es impotente para enfrenar una pasión, ó para imponer un sacrificio á la voluntad. Moral de efectos pintados, como los edificios, selvas y montañas de cartón y tela que en el teatro ofrece la habilidad del escenógrafo. Moral que no sirve para el uso humano, moral de pura y simple decoración.

Porque lo primero en la moral para su eficacia es la autoridad. Y vuestra moral, oh moralistas de comedia, es, repito, una moral desautorizada.

Sí, señor; desautorizada casi siempre por su origen. Porque raro es el autor dramático á quien se debe alguna obra de estas morales, que no tenga escrita alguna ó algunas de dudosa ó perversa moralidad. Y cuando se oye de él aquel rasgo hermoso que anatematiza el vicio ó recomiendala virtud, la memoria indiscreta suele traer luego algún otro en que se hace la inversa. Y el corazón no se corrige entonces, sino que se rie de aquel pobre diablo que viene entre carne y carne remendando el papel de austero predicador.

Desautorizada por el medio: tales